

Un amigo inesperado.

I

Mr. Montanguy era el *Principal Assistant* en el Gilbert Stuart Middle School, una escuela pública ubicada en el lado sur de Providence, el lado pobre de Providence. Lo que divide al Providence rico donde yo vivía, del Providence pobre donde yo trabajaba, es una autopista de cinco carriles con miles de salidas y bajadas que comunican al país con otras autopistas y otros estados y otras ciudades. Ser *Principal Assistant* en una escuela pública ubicada en un barrio pobre no es tarea fácil, pero sí bien paga. Hay una regla fija en Estados Unidos: cuanto más feo es el trabajo mejor es el salario y mayores los beneficios a la hora de retirarse. Esto hace que millones de personas caigan primero en la tentación y luego en el error que por regla, lo acompaña. Así es como terminan arruinando sus vidas siendo muy jóvenes.

Montanguy era afro americano. En Norteamérica los afroamericanos y los hispanos tienen un destino común: maltratarse y compartir pacíficamente un país generoso, pero ajeno.

Mr. Timothy Montanguy antes de llegar a ser *Principal Assistant*, había sido profesor de Educación Física. Era un tipo rudo, popular entre los chicos, y temido por los maestros. Incluso su jefa, Marjorie López (Puertorriqueña) estaba completamente segura de que tarde o temprano Tim ocuparía su lugar. Montanguy era capaz de trabajar incansablemente y a esa virtud le agregaba otra todavía más importante: hacía en el colegio aquellas tareas que nadie quería hacer. Por ejemplo, vigilar el comedor durante los almuerzos. Todos los días, a la misma hora, se reunían allí 1200 chicos en una superficie cuadrada de no más de quinientos metros. Mr. Timothy se paraba enfrente de la multitud con un megáfono en la mano izquierda, y una hoja de papel en la otra mano. De tanto en tanto hacía rápidas anotaciones, cuyo contenido siempre fue un misterio para mí y para el resto de los maestros que lo mirábamos escribir. Con la precisión propia de un desfile militar, organizaba todos los movimientos de los chicos. Al tiempo que una fila de 20 muchachos circulaba por el lado este del comedor en busca de su ensalada de frutas, por el lado oeste marchaba otra hilera de jóvenes, cuyo objetivo era retirar su plato de comida caliente. Si por cualquier motivo el orden se rompía y el alboroto amenazaba con expandirse, un grito marcial de *hands up!* salía del megáfono y todo el comedor quedaba en silencio. Los estudiantes volvían a sus lugares para escuchar una interminable reprimenda. Restablecido el orden, el tiempo de almorzar se había agotado y los alumnos debían volver a las clases.

Todos los que trabajábamos en el colegio sabíamos que muy pronto Mr. Timothy Montanguy dejaría de ser *Principal Assistant* y ocuparía el cargo de Director. En los recreos largos, el grupo de maestros al que pertenecía, integrado por tres dominicanos, un peruano, dos maestras de Guatemala, Raph el bibliotecario, que era irlandés y Mr. Baba, de África, nos reuníamos en la sala de profesores para apostar si Timothy desplazaría a Majorie antes o después de Navidad. Lo único que demoraba ese traspaso, dándole algún suspenso a la apuesta, era que todo el mundo sabía que las autoridades del departamento central no querían un escándalo entre afroamericanos y puertorriqueños, quizás los grupos más antagónicos de cuantos viven en América.

Durante el último año, la fama de Tim se había incrementado enormemente. Un día, para sorpresa de todos, su foto apareció en las crónicas policiales del diario más importante de la ciudad. El artículo detallaba, con ciertas exageraciones, como Montanguy había logrado desbaratar una modesta banda de profesores que les vendía droga a los alumnos. Lo más notable del caso era que Tim había sido compañero universitario de todos ellos. A pesar de esta circunstancia, o precisamente por ella, no vaciló en dirigir la pesquisa primero y llevar todas las evidencias ante juez cuando su investigación hubo terminado. Tampoco dejó de ir todos los domingos a visitar a sus antiguos compañeros que ahora estaban en prisión.

Tim era de esas personas convencidas de que conseguir el éxito y la felicidad, eran tareas tan fáciles como meter un pollo en el horno y comerlo una hora más tarde. En las reuniones del Centro de Rehabilitación para la Delincuencia Juvenil, Timothy le explicaba a su auditorio - formado por un grupo de veinte chicos a punto de terminar el colegio y empezar sus días como reclusos- la receta del éxito seguro en Estados Unidos: nacer en un hogar pobre, pertenecer a una familia horrible, tener un padre borracho y una madre sin más ambiciones que ser la esposa ejemplar de un marido indecente. Timothy reunía en su persona todos estos ingredientes. Una de las características que más me agradaban de Tim, era su capacidad de estar orgulloso de cosas completamente casuales. Con cierta razón, pensaba que el mérito propio y el orgullo no tenían porque coincidir.

Tiempo después, encontré al sucedáneo de Timothy en la literatura, en un cuento de Truman Capote. El protagonista se llamaba Mr. Schaffer y cumplía una pena de prisión larga, más larga que su vida que ya había acabado hacía mucho tiempo. Si los destinos pudieran intercambiarse, si las memorias de un sujeto pudieran pasar a otro conservando cada uno su cuerpo original, Schaffer y Montanguy hubieran permanecido inmunes al experimento, como si 20 años de trabajos forzados en un presidio fueran equivalentes a veinte años de trabajo espontáneo en el sistema escolar de Providence.

Debo confesar que yo era entre los maestros quien más le temía. Por eso había ideado una estrategia para ganar su simpatía. Cuando lo veía caminar en dirección a mi aula, inmediatamente cambiaba el temario de clase y me ponía a hablar de Martin Luther King y de sus proezas cívicas, seguro de que esas historias serían de su agrado. Timothy solía entrar a mi aula sin anunciarse (eso está prohibido en Estados Unidos) y sin saludarme (eso está permitido en Estados Unidos). El único motivo de sus visitas era fastidiarme. Casi no hablaba con los estudiantes, sólo miraba las láminas que había pegado en la pared y luego se iba. Montanguy repetía este procedimiento una o dos veces por semana. Un día me harté, y al finalizar la clase lo fui a buscar a su oficina y le dije: *“Mr. Montanguy, there are two rules that apply for everyone who wants to get into my room. Rule number one: You must say “Hello” when you get in, and rule number two, you must say “Good-bye” when you get out”*. Timothy me miró con cara de asombro. Jamás pude olvidar ese gesto a mitad de camino entre el desprecio y la compasión. Parecía estar haciendo un esfuerzo republicano por entenderme. Luego de unos segundos me contestó: *“Do you want to tell me anything else?”* Le dije que no y me fui. A los pocos

minutos de empezada la nueva clase, Montanguy volvió a entrar a la sala, pero esta vez me saludó. Se quedó unos segundos en silencio mirando a los chicos y luego dijo: *"He is a good teacher. Respect him"*. Al poco tiempo supe (él me lo dijo un viernes) que después de irse de mi sala, pasó por su oficina y en menos de veinte minutos redactó un extenso reporte acusatorio en mi contra. Por suerte, y por los eficientes oficios de la unión sindical de maestros, logré convertir ese líbello en una denuncia por discriminación racial. La cosa no llegó ni a los tribunales, ni a mi legajo personal porque ese año había elecciones en Providence (Se elegía Superintendente del sistema escolar) y ningún candidato quería que la campaña sufriera las distracciones de una pelea entre negros e hispanos.

II.

El tiempo no se mide por su duración sino por la cantidad de cosas que ocurren o dejan de ocurrir entre cada medición. En Providence nada había ocurrido y tal vez eso explique porque no recuerde bien ni cuándo, ni cómo empezamos a ser amigos. Pero sí recuerdo el primer viernes que fuimos a tomar cerveza a la salida del colegio. Lo mismo hicimos el viernes siguiente y todos los sucesivos viernes hasta que me fui de Estados Unidos. En el Bar hablábamos de cualquier cosa, generalmente de mujeres. En el transcurso de esas reuniones descubrí que Tim era un conversador muy animado y un amigo muy gentil. Su teléfono no paraba de sonar, pero sólo atendía cuando lograba identificar que el llamado era de Brenda Collins. Entonces, sin dejar que ella hablara le decía instantáneamente: *Hi honey I've just stopped by the Cuban Revolution for a bear with Mr.... I'll be back home in 30 minutes. I love you.* Ese llamado se repetía todos los viernes a las cinco de la tarde y era el anuncio que indicaba que en pocos minutos Tim se iría a su casa y yo a la mía. Estaba convencido de que ese llamado era a una señal acordada por los esposos Montanguy para terminar la reunión sin que Tim tuviera que excusarse, o tal vez para evitar que yo me ofendiera, como se ofenden sin razón todos los inmigrantes que no terminan de entender las costumbres de sus anfitriones.

Según me contó, había sido muy afortunado en sus días de conquista. También me dijo que llegó a ser el mejor deportista de su colegio, sin ser el peor de sus alumnos. Siendo muy chico advirtió que tenía la habilidad suficiente para hacer pasar pelotas por un aro, sin que ese talento creciera tanto como para atrofiar su capacidad de ganar cien mil dólares al año cuando fuera necesario. Al terminar sus estudios, se aburrió de jugar al basketball y también se aburrió de acostarse con todas sus amigas y con las amigas de sus amigas. Una vez se asustó porque pensó que había dejado embarazada a la pequeña, y bastante fea, Rose Polkin; la sola idea de atentar quirúrgicamente contra un embrionario Montanguy, lo deprimía tanto como la de tener que vivir para siempre con Rose. Aquella vez se pasó una semana encerrado en su casa sin comer ni recibir visitas hasta que una mañana, Rose, entre llantos y lamentos, le anunció la única noticia capaz de resolver al mismo tiempo los dos conflictos. El destino lo había eximido de poner a prueba uno de sus principios fundamentales: que el matrimonio era para toda la vida, sin excusas.

Sin embargo, más que por ninguna otra circunstancia, la vida de Timothy Montanguy jr. cambió el día que conoció a Brenda Collins.

III.

Brenda Collins era la mayor de dos hermanas. Brenda había aprendido a ser feliz con pocas cosas y mucho esfuerzo, como el que seguramente le demandó soportar el aburrimiento de nacer, crecer y estudiar en una pequeña ciudad de Massachussets, tan cerca de la exquisita Boston City, y tan lejos de la tentadora Nueva York. La familia de Brenda era el opuesto de la de Tim. El padre de Brenda, (John Collins) que también había nacido, crecido y estudiado en la misma ciudad, era electricista. Luego de obtener su certificación técnica, se pasó 10 años haciendo reparaciones menores en las casas de todos sus vecinos. Ahora tenía su propia compañía, con más de 15 empleados y tres vehículos que paseaban la insignia de la empresa por todas las calles de la ciudad. John se había convertido en un hábil empresario y hasta había conseguido algunos clientes en los barrios más ricos de Boston y Cambridge. Por su parte, Mamá Lidia Collins, era una mujer robusta, alegre, trabajadora e implacable en todos sus emprendimientos. Sus días terminaban muy tarde, cuando ella juzgaba que sus tareas domésticas estaban ya cumplidas. Había criado a sus dos hijas sin más ayuda de su marido que la plata que le daba para que administre la casa y la educación de las niñas. Todavía hoy es fresco el recuerdo de Lidia de aquellos días en los cuales John le daba apenas lo indispensable para los gastos de comida. Sin embargo, ni John ni las chicas habían ido ni un solo día al colegio o al trabajo con la ropa sucia o arrugada. Lo más notable era su pericia para anticipar la caída de los botones en los trajes de su esposo. John cuenta orgulloso que, a diferencia de sus compañeros, él jamás tuvo que arremangarse una camisa para disimular una ausencia. Las jóvenes Brenda y Chris Collins eran un modelo de educación americana; sus notas en el colegio eran brillantes y Lidia jamás tuvo que acudir a la escuela para escuchar quejas de ningún maestro. Brenda y Chris sabían muy bien que cualquier problema en el colegio se traduciría inmediatamente en serios problemas al llegar a casa, y en un castigo de dos meses de restricciones sociales. Lidia jamás había dejado de cumplir una medida disciplinaria; los pedidos de clemencia de John siempre habían resultado infructuosos. Si Lidia tenía algo que reprocharle a su esposo era, precisamente, su falta de carácter para educar a las chicas. Pero esa cuestión menor era largamente compensada por el cariño que John les tenía a sus hijas. Sabía muy bien que tenía motivos para estar satisfecha con su matrimonio. Sus amigas, mucho menos afortunadas que ella en este terreno, no dejaban de reprocharle su suerte con ese cariño, tan cercano a la envidia, que únicamente las amistades profundas pueden resistir. Hoy en día la casa de los Collins era la misma que habían comprado a poco de casarse. En el vecindario todos recuerdan la noche de fiesta que dieron los Collins el día que John terminó de pagar la hipoteca de la propiedad. Con el tiempo, la casa había sido remodelada de acuerdo a las nuevas tendencias de la moda, y también a la nueva posición social de la familia. Esa misma casa de juventud e ilusiones, de pobreza y trabajo, de niños y llantos, de peleas y reconciliaciones, se había convertido en un ruidoso concierto de artefactos eléctricos; los mismos ruidos que

pueden escucharse en todos los hogares de trabajadores norteamericanos. Son los ruidos del progreso largo y casi irrevocable que hace más de cincuenta años se ha instalado en la población. Sin embargo, el olor a limpieza y el de las comidas maternas no habían cambiado. Para los Collins, el confort iba muy atrás de la decencia en la escala de valores familiares.

A los dieciocho años, Brenda era una joven muy bonita y tan refinada como las limitaciones presupuestarias de su familia se lo habían permitido ser. Ella y su hermana habían estudiado en la escuela comunitaria, logrando recibirse de enfermeras. Chris, que era menos linda que Brenda, rápidamente consiguió un trabajo en el Rhode Island Hospital. Por las tardes estudiaba español para poder asistir mejor a los hispanos que concurrían a ese centro. Casi todos los pacientes eran jóvenes dominicanos que ingresaban lastimados a causa de peleas entre bandas escolares de grupos opuestos, sin que nadie sepa el motivo de su oposición. Chris siempre recuerda, cuando estuvo de guardia la noche de la gran pelea entre dominicanos y asiáticos. Al parecer, la lucha dejó dos muertos de cada lado, pero el empate no fue suficiente para evitar que los dos grupos juraran venganza, como si ambos hubieran sido derrotados en la batalla. Chris pasó toda la noche lavando heridas, y cosiendo rostros desfigurados. Brenda jamás llegaría a cambiar una gasa y su vida también cambiaría para siempre al conocer a Timothy.

Tim y Brenda se casaron cuando ella era muy joven. Rápidamente tuvieron dos hijos y para entonces Tim ya había conseguido su primer trabajo de maestro. Veinte años después, seguía casado con Brenda. Ellos se amaban tanto como aquél día en el que Tim tuvo que presentarse ante los padres de Brenda para dar garantías de sus afirmaciones juveniles y optimistas. Hoy ganaba más de cien mil dólares al año, sus suegros lo respetaban, Brenda estaba cada día más hermosa, y sus hijos, cuando iban a pasear al parque, imitaban la agotada puntería que alguna vez Tim tuvo. Había logrado todo eso sin más ayuda que su propia voluntad. No le faltaban motivos de orgullo.

IV.

El último viernes que estuvimos juntos en el *Cuban Revolution* le conté una historia que jamás aconteció. No era una historia del todo falsa pero tampoco era excesivamente real. Soy de esas personas que piensan que la mentira tiene una función social importante. Por desgracia, la tentación de engañar convierte al mentiroso en un ser despreciable, que sólo aspira a salir airoso ante quien lo escucha. Ya en mi país y vuelto a mis clases en la universidad les explicaba a mis alumnos que la adulteración de los hechos siempre debe ser parcial, como si lo narrado fuera una confusa sugerencia de la memoria.

La historia que le conté ese viernes a Tim era, por sobre todas las cosas, breve. El relato posiblemente haya ocurrido en Uruguay, pero le dije que había sucedido en Boston, en el inmenso parque ubicado en el área de Beacon Hill. En el relato yo estaba caminando con una joven. La chica, sin ser bonita, tenía mucho más que el encanto propio de toda mujer todavía muy joven. Quizás fuera su ropa, o su cara de enojo prolongado o su timidez extrema o ese gesto que tienen las personas que todavía no se han arrepentido nunca. Sin dudas, el día que la conocí, ella estaba pasando por un mal momento. Eran cerca de las once de una impiadosa

noche de invierno. Yo estaba fumando; el último arito de humo todavía flotaba entero en el aire, cuando la vi caminando hacia la casa. Me alegré en silencio y le abrí la puerta con más entusiasmo que cortesía. Cuando la saludé, me respondió “Hi”. Ni siquiera me miró directamente a los ojos, sino que hizo un movimiento extraño con la cabeza, dejando que su pelo pase volando de un lado a otro de su cara, como una cortina que se abre y cierra dejando ver el paisaje durante unos segundos. Yo alcancé a verla sonreír, pero cuando el pelo se detuvo, la sonrisa ya no estaba. No parecía estar incómoda, y eso me animó a seguir la charla. Nos quedamos conversando cerca de una hora, pero fueron tan pocos los detalles que logré obtener de su pasado reciente y de su malestar actual, que cuando subí a mi habitación no pude dormir en toda la noche. Todo cuanto sabía de ella procedía de la pálida luz de mis conjeturas. Al día siguiente la volví a ver y la invité a comer y aceptó, y seguimos charlando, y nos reímos y tomamos bastante, y juntos volvimos caminando al edificio, ya agarrados de la mano.

Omití contarle a Timothy esta parte de la historia porque no quería que el llamado de Brenda interrumpiera para siempre el relato de la joven. La escena comenzaba cuando íbamos agarrados de la mano en silencio, como si fueran nuestras manos las que hablaran. Si quería ir más de prisa, quizás apremiado por la aparición de un pensamiento oscuro y desagradable, apretaba un poco más fuerte su mano y entonces los pasos se hacían más largos y presurosos. Si la aceleración había sido excesiva ella amagaba soltarme, como si hubiera adivinado el pensamiento; al sentir sus dedos intentando escapar de mí mano disminuía la marcha hasta que el pensamiento se disipaba. La caminata terminaba en un puerto, a la hora del atardecer. Nos sentábamos en una roca que enfrentaba al mar y yo la abrazaba, como si fuéramos amantes juveniles que van al cine para besarse cuando se apaga la luz.

Todavía hoy recuerdo a esa joven; la tristeza desaparece cuando se recuerda lo que nunca ocurrió.

Fernando Shina.